

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.

LOS NEGROS VIEJOS.

Por Federico Villoch.

**H**AY personas que por sus años, sus íntimas relaciones con sujetos de importancia y renombre en nuestra historia social y política, sus actuaciones, más o menos directas, en acontecimientos de nuestros anales patrios; ya por ser ellos mismos protagonistas de sucesos de gran renombre, se revisten de una excepcional importancia, y pueden considerarse como archivos vivientes y verdaderos monumentos históricos. Existían, hace una treintena de años más o menos, viejos ejemplares de la raza de color que habían sido esclavos de nuestros títulos nobiliarios más esclarecidos, y se tenía la costumbre para averiguar el número de sus años preguntarles qué Capitán General mandaba en Cuba cuando ya ellos tenían uso de razón. Si el interpelado contestaba que Dionisio Vives, ya era sabido: poco más o menos pasaba de los 85 años; si decía que el General Tación, rayaba en los noventa y pico; y así sucesivamente los gobiernos de Roncaly, Someruelos, Manzano, etc., servían de jalones para estimar de un modo aproximado, aunque seguro, la edad del interlocutado.

En nuestra familia tuvimos un ejemplar de esos con la «negra Pilar»—Pilar Peñalver—que murió en 1902, ya para cumplir el siglo. Era criolla; pero hablaba el lenguaje de «nación» de sus padres, que eran carabales. Nuestra abuela paterna, doña Javiera Elorza, se la compró a los Condes de Peñalver, que vivían en la calle de la Amargura, frente a la iglesia del Cristo; era en aquella casa lo que entonces se llamaba la «negrita de abanico», la que le echaba fresco a la señora, y que siempre era escogida entre la servidumbre por su bonito cuerpo y buenos modales. Hasta avanzada edad conservó la negra Pilar la gallardía de su alta estatura y los modos corteses que había adquirido en casa de aquella noble familia. Fué criada de mano de nuestras tías carnales Javiera, Teresa y Cristina, y después, manejadora de los hijos de ésta última, a cuyo arrimo quedó hasta sus años postreros; hablaba de los grandes saraos de aquellos tiempos que se celebraban en el Palacio del Gobernador de Matanzas, y en el del Capitán General de la Habana; del horroroso temporal del 70 en Matanzas daba los más horribles pormenores, los carretones de ahogados por las calles, etc. También hablaba de la muerte del general Etna, en Cárdenas, en un combate con Narciso López; de la prisión de éste y la conducción de los «filibusteros» prisioneros a Matanzas, de quienes decía que era gente lo mismo que le demás. Hablaba de Serrano, de Dulce, de Jovellar, de la caída de Isabel II, del general de aquí Don José de la Concha, que no la aceptaba, y seguía gritando en las paradas: ¡Viva la Reina Doña Isabel!

Ya bastante vieja, fué cuando aprendió a leer en el popular semanario «La Caricatura», como ella decía, teniendo especial encanto en leerles a los hijos de su Señora Doña Cristina las historietas cómicas que, como se recordará, publicaba aquel periódico en sus márgenes. For la noche, terminado su trabajo—sacudir los muebles, barrer la casa, servir la mesa—calábase sus grandes espejuelos de fuertes aros de plata, y se ponía a leer atentamente los sucesos de policía que publicaba el «Alcance» de la MARINA. Ya decrepita, no le faltaron las mayores atenciones y cuidados; y fué llorada y acompañada en su entierro por los supervivientes de la familia; y duerme en el Cementerio de Colón su último sueño, en terreno propio, para que nadie la moleste. Tiene su modesta bóveda al lado justamente, del Panteón de don Antonio San Miguel, fallecido en estos días.

Pasados los ochenta, veíanse a menudo, todavía después de la guerra de independencia, por las calles de la Habana vieja, alrededores de Palacio, antiguo convento de San Francisco donde se halla hoy el Correo, San Ignacio, Mercaderes, Oficios—zona de la antigua nobleza habanera—dos negros vestidos siempre de paño color obscuro, tocados con aquellos bombines que se llevaron hasta últimos del pasado siglo, y finos y correctos en su manera de conducirse y expresarse, respondiendo el uso al nombre de «Diago» y el otro al de «Lombillo», por las antiguas familias a quienes habían pertenecido. Ambos en sus treinta se habían dedicado al oficio de «dulceros de casa particular», retirándose, ya con bastantes años, y con el capitalito suficiente para recordar, sin «amargura», aquellos sus buenos tiempos de magos del azúcar. Cuando se les tocaba la tecla, destapaban el tablero y había que oírles hablar de los banquetes, los saraos y las fiestas de las casas de Ajuria, Fernandina, Montalvo, Calvo, Bayona, Ibáñez, Lombillo, etc., que ellos habían servido; y de los ramilletes tocando de altos con el techo, y con un angelito clavado en la cúspide, que entonces se usaban; y de las fuentes de «bocados de la Reina»; y de las salvijas de «piononos», «gazzanigas» y panelitas y yemas dobles, que eran para chuparse los dedos. El cake americano hecho de espuma dulce amarilla, vino a reemplazar el sabroso y alimenticio pudding familiar, que se hacía en casa. «buding» que se decía. A cual de los dos hablaba más «amerengado y meloso», recordando el buen gusto de aquellas familias, y el rumbo de sus bautizos, sus bodas y sus santos.

Aseguraban que la suya era una época más «golosa» que la presente. El criollo típico, «comelón de dulce», había desaparecido a fuerza de cockteles americanos. Dulces que hoy son vulgares, entonces hechos por lo fino, eran según ellos, cosa rica; el cusubé, los platos de arroz con leche con su canela en polvo por arri-



21

ba, las tacitas de tembloroso majarete, las dulceras de «mala rabia», la misma «melcocha y raspadura de flor», y hasta la «cantúa», que se daba de contra en las bodegas, y el succulento «pan de maíz...»

Si se le argüía a algunos de ellos, que hoy también se venden, por ejemplo el «pan de maíz», el viejo dulcero, herido en su amor propio, ripostaba en el acto con el calificativo aplastante: — Sí, señores; pero ese de hoy es un pan de maíz... comercial.

El negro Lombillo, ya en sus postrimerías, usaba una frase para justificar el «triunfo de lo moderno», y por lo tanto, la quiebra de su negocio y de su vida, que pronunciaba con el acento del pesar más profundo:—¡La química! ¡La química!

Diago se hacía lenguas hablando de la Infanta Eulalia, a la que tanto le agradaban los dulces del País, sobre todo, el dulce de leche a la criolla, que según ella, no lo había conocido hasta venir a la Habana.

Hablando de aquellos hombres de color, hay que destinarles un puesto honoroso en la lista a aquel que todos querían y respetaban, que se llamaba Genaro Laza, también gran repostero y cocinero, en 1890, que lo fué más tarde del Presidente Don Tomás Estrada Palma, después de servir, antes de la guerra, en casa de don Francisco Rodríguez Acosta. En 1895, Genaro fué de los primeros en irse a la manigua. En la Paz trabajó en su oficio en una popular dulcería que abrió en la calle de la Zanja, y luego en «El

Anón del Frado», reuniendo al cabo de una vida laboriosa un buen dinero con el que levantó en la calle 9 del Reparto de Almendares una bonita casa de dos plantas, cuya fabricación dirigió el experto arquitecto Gustavo Urrutia. Genaro Laza estaba casado con la hermana de Estenoz, aquel rebelde que le dió tan serios disgustos a José Miguel. Genaro no llegó a viejo, puede decirse, porque murió años después de cumplir los cincuenta; pero fué su vida tan laboriosa y rica de experiencias, que pudo ilustrar a sus conciudadanos acerca de muchos pormenores, referirles muchos incidentes pintorescos de nuestra alocada vida criolla, y hablarles largo y tendido sobre muchas personas y sucesos.

—¡Ah, Don Tomás!—solía decir Genaro—. ¡Las veces que yo ví al pobre viejo sentarse pensativo a la mesa, y no probar un bocado!...

Tenemos la sinceridad de confesar que hemos experimentado siempre por esos «monumentos» la más profunda simpatía, no exenta de interés práctico. Supóngase la gran admiración, y el profundo respeto que hacía fines del pasado siglo experimentaría un visitante del Hotel de Inválidos de París, por los viejos veteranos de Napoleón I, que allí se hospedaban aún, y podían referir interesantes detalles de las hazañas de aquel genio militar. Lo propio acontecía aquí cuando un veterano del 68 nos refería detalles de las principales batallas de aquel período glorioso, como el rescate del general Sanguily, por aquel centauro immor-

tal que se llamaba Ignacio Agramonte...

Ahora acaba de derrumbarse otro de esos monumentos históricos nuestros, Antonio San Miguel, que ha muerto a los 86 años, guardador de las historias más interesantes que puedan referirse a nuestro último ciclo revolucionario. Llegado a Cuba a los 16 años, cuando mandaba, según sacamos en consecuencia el general don José de la Concha, podía contar cosas interesantes de aquel período. De vuelta de nuestro primer viaje a España, y con motivo de un capítulo titulado «Barcelona», de nuestro libro de viaje titulado «Por Esos Mundos», que vió la luz en 1892, San Miguel nos demostró afecto y simpatía, visitándolo nosotros cuando se curaba de la herida que le produjo en un brazo su rival Santos Villa, director de «La Discusión», en el duelo a sable que sostuvo con este periodista. Muchos e interesantes detalles nos contó de la vida política de aquella época—el Intendente Olivares, Secretos del Bandolerismo, Marín y la Aduana, etcétera—, que serán motivo de futuras «Viejas Postales Descoloridas».

Nuestro querido tío político, Francisco Menéndez, de quien recientemente nos hemos ocupado en nuestra postal sobre pesca «La Puntilla», también era allá en sus últimos años una postal histórica que consultamos a menudo con la curiosidad e impaciencia de un chiquillo que le gusta que le hagan cuentos. Nuestro tío llegó a la Habana procedente de Asturias a los diez y ocho años de edad, y precisamente el año 1851, en cuyo mes de septiembre, como es sabido, fué agarrado en la explanada de la Punta uno de los primeros y más decididos precursores de

la libertad de Cuba, el General Narciso López. Ya puede suponerse la encendida atmosfera moral que se respiraba en la Habana el día 10. de septiembre de dicho año 51, con motivo del terrible acto que iba a tener lugar, y que se esperaba con la natural curiosidad y zozobra tratándose de un hombre de aquella importancia. Narciso López había sido traicionado en las Pozas por un tal Castañeda, quien pagó más tarde su villana acción muriendo de un tiro que le dispararon por la espalda a la sazón que jugaba una partida de billar en el café Marte y Belona, situado en la calle de Amistad frente al Campo de Marte. Un público enorme corrió a la citada explanada para contemplar el agarramiento del valeroso revolucionario y Menéndez, que era un joven, como dijimos, de diez y ocho años, ávido de emociones, se fué «con Vicente y con su gente», a ver aquello...

Ya con años, y emparentado con nuestra familia, cuando le consultamos como una postal histórica, Menéndez nos refirió varios detalles del suceso. Narciso López marchaba al suplicio rodeado de frailes, hermanos de la Paz y Caridad y de tropas, sereno, paseando una mirada altiva sobre la multitud que había ido a verle morir, y entre la cual él suponía que estaban muchos de los que le prometieron—de boquilla—ayudarle en su empresa. Subió los escalones del fatídico tablado; y ya en el banquillo siniestro, ouestas



3

las manos del verdugo en la palanca... el joven Menéndez experimentó una horrible angustia, y cayó al suelo desmayado; siendo conducido por varios de los presentes, para que le prestaran los auxilios del caso, al café más próximo. Cuando volvió de su desmayo, ya terminado el acto del garrote, se encontró en un cafetín que se llamaba «El Alba», situado en la calle de la Cárcel esquina a la del Morro.

—¿Y después?—le interrogamos, cuando acabó de referirnos el interesante suceso.

—Después...

La segunda y última parte del cuento no nos la pudo hacer nuestro tío: le estaba reservado hacerlo a su sobrino el postalista. Justamente cincuenta años más tarde, una mañana del mes de junio de 1901, Menéndez sufría otro desmayo en el Paseo del Prado, a pocos metros de donde en 1851 se había levantado el baldoso para Narciso López; y también fué auxiliado por unos amigos, y llevado sin conocimiento a aquel mismo café «El Alba»,—que ahora en 1901 era de su propiedad—con la sola y triste diferencia que esta vez no volvió de su colapso; y se quedó en él para siempre. ¿Puede haber algo más novelesco, misterioso e interesante que el desenvolvimiento de los años...?

Un negro llamado «Nongo», durante mucho tiempo «amasador» en la antigua panadería «El Diorama», sita en la calle de Consulado, y propiedad de don Manuel Torafío, fué uno de los que ayudó a conducir al joven Menéndez, desmayado, en 1851, al cafecito «El Alba»; y también, dos años más tarde, fué testigo del agarramiento en el propio lugar de la Punta, del igualmente célebre revolucionario Don Ramón Pintó. Ya pasados sus ochenta, «Nongo» refería interesantes detalles de las ejecuciones de Narciso López y de Pintó, y de ésta última decía que el reo iba vestido con pantalón de dril color de ceniza con rayitas negras y levita color lila; y que de vez en cuando, según avanzaba hacia el garrote miraba para el lugar de la Plaza de Armas, como si tuviera que hacerle inculpaciones al general Concha que lo ocupaba.—agregando, con marcada intención—y que son su compadre».

«Nongo» acostumbraba a obsequiar todos los años, el día 31 de agosto, San Ramón, a la familia de Fintó, con una gran coca amasada por él con todo esmero, recibiendo su correspondiente regalo. Igual hacía en Año Nuevo con varios Manueles, entre ellos, su amo, el señor Torafío, y don Manuel de Coro, rico comerciante importador con Gratarós, Barraqué, Pepe Cano y otros, del tasajo que se recibía de Montevideo.

Cuando allá por el año 80 y pico se decretó la abolición de la esclavitud, la Habana se inundó de pobres «negros viejos» que, en su abandono, se veían en la necesidad, para sostener la vida, de implorar la caridad pública. Algunos de ellos pensarían acaso en el amo generoso que abre

la jaula, y le da libertad a sus pájaros, exponiéndolos a la inclemencia del tiempo, la lluvia, el granizo, la tempestad; y a las persecuciones y los ataques del cernícalo, el buitre, el gavilán y sus demás enemigos naturales. Allá por los «almacenes» no se podía dar un paso sin tropezarse con enormes caravanas de ellos; entonces los comerciantes movidos de un alto y noble impulso de piedad, se reunieron y fundaron el «Asilo de la Misericordia», detrás del Centro de Dependientes; y allí fueron aquellos infelices recogidos y auxiliados con largueza, ayudando todo el comercio mensualmente unos con dinero en efectivo; otros con ranchos de víveres; aquéllos con remesas de ropas, frazadas, etc., al sostenimiento de la piadosa obra.

También hasta 1917, 18 y 19, etc., veíanse aún por las calles comerciales de allá abajo, frente a la Lonja, cerca de los muelles, alrededores de la Aduana, algunos «negros viejos» que hablaban con encomio y respeto de las grandes razones sociales, algunas de las que ya habían desaparecido, tales como: J. Rafecas, Alonso Jauma, Villaverde, Larrea, Lastra, Muñiz, Lezama, Juan Loredo, Garín, Elías Miró, Coro y Quesada, Antonio Chicoy, Menéndez, Mantecón, Torregrosa, etc., en cuyas casas habían servido como caleseros, carretilleros, cocineros, cargadores, criados de mano, teniendo no pocos reservados, en su ancianidad, un plato en aquellos almacenes, mientras se sostuvo en los mismos la costumbre de comer en ellos su empleomanía y dependencia; y había que oír la disputa en broma que sostenían al encontrarse, sobre quién era más viejo, si el dueño o el criado, el primero asegurando que cuando vino de España ya se había encontrado al segundo un negro «chévere con su cumbila» y todo; aseverando el segundo que era todavía un «negrito bitongo» cuando el caballero ya se ensortijaba el bigote, y aprendía la danza en casa de Pastora, en la calle de Crespo, con lo que ambos se remozaban el espíritu...

En nuestra postal sobre pesca, en que hablábamos de Menéndez, también lo hacíamos de su amigo y compañero de afición Pablo Orella, que era asimismo otra «postal histórica»; y de las más interesantes por cierto. Orella era, el año 1871, al que nos vamos a referir, un joven navarro de veinte a veintiún años que se había dedicado al oficio de marinero y tripulante en aquellos bergantines y goletas que hacían el servicio de cabotaje en nuestras costas. Siempre tuvo fama de mozo, de rebelde, y de hombre de ideas independientes. Había escogido aquella profesión de marinero para «vivir libre de los compromisos y de las ideas de tierra»—reproducimos sus palabras— Cuando los amigos y paisanos le tenían a mal su benevolencia con los separatistas y autonomistas cubanos, más de una vez le oímos contestar con los sinceros arranques de su tierra, su pintoresca pronunciación vascuence, y su concordancia vizcaína:

—Pero ¡Otra!... ¿No están allá «chal-



pelgorris» por Somorrostro, Elorrio, Bilbao, Eibar, Luchana y más, a balas y cañones, para defender fueros y libertades?... Pues, ¿por qué no luchar ellos también aquí por Independencia? ¡Pues...!

Fué también otra fecha de luto y dolor para la Habana, el 25 de agosto de 1771, día en que fué pasado por las armas en el Foso de los Laureles de la Cabaña el poeta cubano, complicado en la revolución, Juan Clemente Zenea. La gente acudió en grandes masas a aquellas alturas, a contemplar el espectáculo. Era una «fiesta» que se celebraba bastante a menudo. Orella recordaba y describía aquel cuadro, veinte años después, como si hubiese tenido lugar el día antes, y aún lo estuviere viendo ante sus ojos. Zenea abandonó la capilla ante un ensordecedor redoble de tambores. Se le veía sometido a su destino. Caminaba con seguro paso. Al enfrentarse con el numeroso grupo que había acudido a la Cabaña a contemplar su suplicio, se fijó, insistentemente, en Pablo Orella, colocado en la primera fila ante aquella masa conmovida y silenciosa. ¿Qué vió el poeta en el rostro de Pablo Orella, que le inspiró confianza? ¿Qué secreta voz le habló en aquel supremo instante y le animó a desprenderse de sus gafas, y entregárselas a aquel mozo, para él desconocido, diciéndole:

—Toma, muchacho; haz por que lleguen estas gafas a poder de mi esposa, que vive en Nueva York. Gracias; y hasta el Valle de Josefat. (Auténtico).

Orella guardó las gafas debajo de la pechera de su camisa, y se juró cumplir al pie de la letra el sagrado encargo del poeta-mártir. La triste comitiva continuó su marcha hasta el lugar en que se hallaba formado el cuadro siniestro. Se le extimió al reo arrodillarse, porque presentaba varias llagas en las rodillas...

Entre las goletas y bergantines que hacían el viaje de Nueva York y atracaban a los muelles de Paula y San Francisco, Orella, ayudado por el negro «Dingo», viejo cocinero de la goleta en que él trabajaba, y que hablaba de corrido el inglés por haber sido mucho tiempo estivador en Pensacola, lograron encontrar un hombre de confianza que se hiciese cargo de la misiva, ya cerciorados de la dirección en Nueva York, de la viuda de Zenea. Orella no descansó hasta no tener en su mano las pruebas de que su sagrada misión se había cumplido.

En el «Diario de un Mártir», escrito por Zenea durante los días de su cautiverio, se leen unos versos que el poeta promete corresponder con el amigo o la persona que después de su muerte tienda su mano, o le haga un favor, a su hija o a su esposa; y dice

... Yo saldré del sepulcro solitario;  
y al buen amigo le daré las gracias.

Pablo Orella—imbuído en sus creencias,—juraba y perjuraba, hasta el día de su muerte, ocurrida el año 1921 que, después de cumplir su sagrada misión... Zenea había venido muchas veces a darle las gracias.

x x x

Todavía hasta el año 1920, existían, y se veían por ahí, aunque en escaso número, dado el peso de los años, algunos de aquellos «negros viejos» que podían habiarnos de Plácido de Narciso López, de Pintó, de Zenea; de la que se llamó la «Batalla de Ponche de Leche»; del ataque y asalto a la casa de Aldama, donde se instaló la Audiencia, y después la fábrica de tabacos «La Corona»; del motín de los Voluntarios contra el General Dulce; de cuando empezó el periódico «La Lucha», que tuvo varios nombres, entre ellos el de «La Palanca»; de cuando fundó «La Discusión» el popular periodista y gran abogado don Manuel Márquez Sterling—abuelo del Presidente de la Constituyente—, el de las cáusticas «Actualidades» célebres en la historia del periodismo habanero; y aun conocimos algunos que recordaban la proclamación, aquí en la Habana, de la Constitución Española del año 1836...

Claro que a viejos llegamos todos; pero ellos tienen más vigor, y pasan la línea de los cien sin gran esfuerzo. ¿Qué familia cubana de mediano pasar, no ha tenido uno en su servidumbre, que deje de recordar con cariño? Esos NEGROS VIEJOS son guardadores, cursos vivientes de nuestra Historia Cubana antigua, ante los cuales debemos descubrirnos con respeto.

*Mu, Sep 29/40*

